

BOSQUEJO

DE LA

FUNDACION DE LOS TRECE PRIMEROS ESTADOS DE LA UNION AMERICANA.

El genovés Juan Cabot, navegando al servicio de la Inglaterra, descubrió la parte septentrional del continente americano en 1497, es decir, cinco años después de revelada á los europeos la existencia del Nuevo Mundo por otro hijo de Génova mucho más ilustre. Sebastian Cabot, hijo del anterior, nacido en Inglaterra, visitó por primera vez en 1498 parte de las costas que hoy ocupan los Estados Unidos. El descubrimiento de las dos porciones principales de la América fué, pues, casi simultáneo; pero sólo hasta ahí llega la coincidencia de los sucesos. La historia de la colonización sigue en ambas marcha de un todo diferente. Los opuestos destinos que á una y otra reservaba el porvenir se señalan claramente desde los primeros años. Cortés y Pizarro emprendieron la

conquista de Méjico y del Perú en el primer cuarto del siglo XVI. La colonizacion del estado de Virginia, punto de partida de los futuros Estados Unidos, comenzó cerca de un siglo más tarde, al arribar á la bahía de Chesapeake, en el mes de Abril de 1607, la primera expedicion, compuesta de tres barcos y ciento cinco emigrantes, que fundó á Jamestown. Numerosos ensayos habian precedido, pero por diversas razones todos pasaron sin lograr un éxito verdadero. En vano consagró por varios años Sir Walter Raleigh su nombre, su genio y su fortuna á esa grande obra, grande por los formidables obstáculos de que aparecia circuida, y más grande hoy á la luz de los acaecimientos posteriores, por los incalculables resultados que de ella habian de provenir en bien de la humanidad.

Varias causas explican ese retardo. La Inglaterra ascendía lentamente á su apogeo á principios del siglo XVI; mientras que España, llegada ya al punto más alto de su gloria histórica, podia entónces atender á sus guerras y complicaciones europeas, y conservar energía suficiente para despachar aventureros, diestros en proezas militares, que fuesen á plantar sus armas en la tierra desconocida, que una serie de inesperados accidentes habia colocado á su disposicion. Jamás ha derramado la casualidad sobre la cabeza de hombre alguno más favores que los que desde la cuna misma empezó á recibir el emperador Carlos V. La historia

sabe demasiado bien cuán poco fruto supo de ellos extraer en bien de los millones de séres que gimieron bajo su cetro; pero durante su reinado arreció el viento de guerra, el torbellino aventurero que soplaba en toda España desde fines del siglo XV; y los hombres ardian en deseos de empuñar las armas, atravesar el Océano, y conquistar las opulentas regiones que parecian como por encanto brotadas del mar para enriquecer á los españoles. La energía del esfuerzo correspondió á la novedad de la situacion; simples soldados, hijos de padres humildísimos, se sintieron llenos de la fé y el valor de Alejandro Magno, y siguiendo rumbo opuesto al del héroe macedonio, corrieron como él á sembrar la civilizacion en lo que por mucho tiempo creyó la Europa que era el término oriental del Asia.

En 1520 ocupó Hernan Cortés, en nombre de Carlos V, el trono mejicano teñido con la sangre de Motezuma; en 1535 habia ya aniquilado Francisco Pizarro la familia de los Incas del Perú; pero sobre la extension de lo que hoy se llaman los Estados Unidos vagaban incólumes numerosas tribus de indios, belicosos y salvajes, en tranquila posesion del territorio. Era natural que así sucediese. Los aborígenes estaban muy léjos de encontrarse todos en el mismo estado de adelanto; y comparado con el del resto del continente, ofrecia innumerables ventajas el clima de las

regiones visitadas por los españoles. Los mejicanos y los peruanos formaban un pueblo, una nación compacta, poderosa en cierto modo y relativamente adelantada: marchando en són de guerra al encuentro de ella, era seguro hallarla frente á frente, en masa y ofreciendo algun flanco vulnerable. Con las armas que traían los europeos, con sus recursos, sus conocimientos militares y el desesperado valor que exigía la situación, el éxito del encuentro no podía por mucho tiempo permanecer dudoso. El oro y la plata, espuelas de su energía, abundaban por doquiera; el suelo fértil y el cielo propicio auxiliaban eficazmente á los invasores, y de ahí esas verdaderas, deslumbrantes maravillas á que va unido el nombre de Corteses y Pizarros.

Todo era distinto en la América del Norte. Los hombres de piel roja que la habitaban se hallaban esparcidos en un vasto territorio, divididos en número infinito de tribus enteramente independientes las unas de las otras, y destituidos, en su mayor parte, de toda idea ó sentimiento que pudiera conducirlos á organizar una confederación más ó menos imperfecta, pero capaz de resistir á invasiones europeas. Ignoraban muchas de las artes indispensables de la vida, carecían del hábito ó la afición al trabajo, construían chozas de madera y fango, y sólo habían progresado un tanto en la fabricación de los instrumentos necesarios para

la pesca y la caza de que vivían. Eran valerosos por supuesto, y, como verdaderos salvajes, crueles en la victoria y sufridos en la derrota. Mas los europeos allí no podían ni vivir fácilmente sobre el territorio como las bandas españolas, ni utilizar los caballos que hubieran sido valioso aliado en otro país diferente de aquel, de espesas selvas y corrientes invadeables. De aquí proviene la gran semejanza que, en todo y por todo, ofrece la historia entre la suerte que corrieron los indios americanos en el norte, en el medio y en el sur del continente. Exceptuando los pobladores de las islas del mediterráneo mejicano, más adelantados sin duda alguna que los de la tierra firme septentrional, pero débiles de cuerpo y de espíritu por razón probablemente de su aislamiento, y de los cuales es muy difícil, si no imposible, descubrir hoy las últimas huellas en las Antillas,—los indios de Méjico y de la América del Sur existen todavía, aunque degenerados y transformados por tres siglos de embrutecimiento: razas mestizas han surgido que conservan, en sus caracteres físicos y en muchos de sus hábitos, el sello original de los primeros tiempos, y viven hoy pacíficamente al lado de los hijos de sus conquistadores. No así en los Estados Unidos. Ahí el indio ha ido cejando día por día ante la expansión civilizadora, ha ido desapareciendo de los lugares que ántes ocupaba, y conservando sólo, en los lindes provisionales de la

gran república, un estado perpetuo de resistencia, de lucha y de muerte por lo ménos. Nada por cierto hallamos que admirar en la fría y cruel tenacidad de la raza anglo-sajona, que siglo tras siglo ha ido implacablemente arrancando al indio faja tras faja de territorio, sin poder ofrecerle en cambio medios racionales, adecuados de asimilarse los nuevos elementos que sin piedad vienen á empujarlos; pero tampoco dejamos de reconocer que el resultado diverso ofrecido en las regiones colonizadas por miembros de la raza latina, no es debido á condescendencia particular ni á especial cariño de esta otra especie de conquistadores.

Mientras durante siglos resonaba de oído en oído en toda la península ibérica el nombre de las Américas, como un cuento de hadas y milagros, prometiéndole á cada uno riquezas sin cuento con sólo ir las á recoger, pocos, poquísimos de los aventureros que dejaban las costas españolas con rumbo hácia el occidente, abrigaban el intento de buscarse allá léjos una nueva patria, de fabricar un hogar y crearse una familia en ese mundo nuevo adonde se dirigían. Desde los tiempos de Sir Walter Raleigh, y aún en medio de las luchas encarnizadas entre Isabel y Felipe II, muchos ingleses pensaban en el suelo americano como emporio posible de frutos ignorados y necesitados en Europa, como terreno propio para la agricultura y el sostenimiento de las familias; en esa misma época,

así como ántes y despues, la América para otros era la tierra del oro y de la plata, nada más.

El primer establecimiento con carácter definitivo de los ingleses, tuvo lugar bajo los auspicios y la dirección de una Compañía formada en Lóndres con ese objeto. Todos los ensayos anteriores habian sido esfuerzos de individuos aislados, y habian fracasado por falta de recursos. La lección de la experiencia indicó los medios de remediar ese defecto y aconsejó el esfuerzo colectivo. El rey Jacobo I autorizó la empresa, expidiendo una Real Cédula, ó Carta, bajo la cual se fundó Jamestown, como ántes dijimos, en la bahía de Chesapeake, el 26 de Abril de 1607. Ya llevaba aquella sección del país el nombre de Virginia, en honor de la reina ilustre, á cuya sagacidad no se escapó el gran porvenir á que estaba llamada la colonización de la América.

En torno de la Virginia, sobre el mismo territorio mal definido hasta donde se suponía llegar la jurisdicción de la Compañía de Lóndres, se formó primero, en 1634, la colonia de Maryland, ó Tierra de Maria, así llamada por la reina esposa de Carlos I; más tarde las dos Carolinas, del Norte y del Sur, y por último Georgia en 1732. Estas cinco colonias, ó provincias, que han de ser estados futuros de la república y cuatro de ellos los principales de la Confederación rebelde de 1861, tuvieron siempre, por todo el período

de la dominación inglesa, al lado de algunas diferencias de detalle, semejanzas esenciales, que permiten formar con ellas un grupo, cuyo carácter decisivo se ha de imprimir hondamente en el desarrollo de los Estados Unidos, constituyendo desde el principio uno de los grandes factores del interesante problema político y social, á que en el fondo se reduce la historia de la gran república.

Las cinco crecieron y se agrandaron de la misma manera. Exceptuando algunas desviaciones accidentales y pasajeras del tipo comun,—como la de Maryland que empezó siendo colonia exclusivamente católica, porque su fundador, el primer Lord Baltimore, profesaba esa religion, y la de Georgia, creada por un entusiasta que pretendió organizar allí una sociedad modelo,—todas ellas parecían, al poco tiempo de establecidas, un fragmento transportado de la Inglaterra; en sus hábitos, en su régimen interno y aún en algo de su apariencia, justificaban la curiosa ficción jurídica que, sin tener en cuenta el inmenso océano que las apartaba de la metrópoli, las suponía comprendidas en distritos, ó sitios reales, de la Gran Bretaña. La distribución civil era mucho más sencilla, porque la abundancia de terreno y el origen reciente de los títulos de propiedad amenguaba desde luego el carácter servil, que el feudalismo había impreso y conservaba aún en las tierras de la Gran Bretaña; pero bajo los demás

puntos de vista las semejanzas eran numerosas. Distinguíanse precisamente estas provincias por un carácter aristocrático de que apenas existieron huellas en las colonias septentrionales que formaron la Nueva Inglaterra, á pesar de que en realidad se gobernaban unas y otras conforme á un sistema en cierto modo copiado del que regia en la metrópoli. Todos los habitantes (los habitantes blancos agregamos, pues desde ahora hay que hacer esta importante distincion) conservaban en América sus derechos personales, los derechos ingleses, por decirlo así, de elegir sus representantes, de comparecer en juicio ante jurados de conciudadanos y de gozar de los beneficios de una ley comun. Mas de aquí en adelante comienza la diferencia entre las colonias del Norte y las colonias del Sur. La mayoría de los que primero poblaron estas últimas pertenecía á la clase de hidalgos que en Inglaterra se llama *landed gentry*; traía de Europa el gusto de la vastas posesiones y de la vida retirada del campo, y en los tiempos en que la Compañía de Londres colonizaba la Virginia, cada accion daba á su dueño la propiedad de cincuenta acres de tierra. Asimismo se formaron las grandes haciendas de las dos Carolinas. La configuración del terreno, con sus numerosos rios navegables que corren hácia el Atlántico, se prestaba á ese sistema, y el cultivo del tabaco, principal artículo de comercio de la Virginia, requería espa-

cio para ser reproductivo. Corto número de poblaciones y multitud de fincas repartidas en todas direcciones habian de tender á crear una clase aristocrática, á colocar el país en manos de unos cuantos propietarios, á no ser que los trabajadores fuesen hombres libres y tuviesen el derecho de ir en busca de nuevas tierras que arrancar de manos de los indios y adquirir á título de primeros ocupantes. Precisamente faltaba allí ese género de labradores, y esto nos conduce á mencionar desde luego la esclavitud de los negros africanos, rasgo capital que complica terriblemente el carácter del factor que estas provincias formarán en la organización futura de los Estados Unidos; y que ha de dar como infalible resultado la casta de los grandes propietarios de esclavos, verdaderos barones de un nuevo feudalismo, que aún sentados, siglos después, en el Congreso republicano de Washington, se verán forzados, por la lógica de sus intereses, á falsear primero las instituciones mismas de la patria, y á levantar después su mano fratricida contra el rostro de la República.

El tráfico de esclavos era tenido como perfectamente legítimo en el siglo XVII, y esclavos importados existían en todas y cada una de las trece colonias que, á fines del XVIII, formaron los Estados Unidos de Norte América. Los primeros negros traídos del Africa por traficantes holandeses desembarcaron y se

vendieron en Virginia el año de 1620. El gobierno inglés desde el principio protegió y favoreció la trata, y todavía, en el año de 1774, siendo ya inminente la rebelión general de las colonias, dijo en Londres Lord Darmouth que «bajo ningún concepto podía consentirse que las colonias contuviesen ó estorbasen en grado alguno tráfico tan beneficioso como era ese para la madre patria.» En cambio puede añadirse que existe registrado en Boston, desde 1645, el ejemplo de un negro que, por haber sido públicamente vendido como esclavo, fué mandado poner en libertad y embarcado para el Africa. Pero estos casos aislados nada significan en contra ó en favor de la institución. Durante muchísimo tiempo fué universalmente considerada como legal y como justa, y si cuando se levantó en 1790 el primer censo republicano de los Estados Unidos, aparecieron 657,000 esclavos en los estados del Sur y sólo 40,000 en los del Norte, contando entre estos la Pensilvania, Nueva York y Nueva Jersey, razones locales y circunstancias especiales bastan y sobran para explicar la diferencia.

Negros africanos se introdujeron en el Norte lo mismo que en el Sur; aquí crecieron y se multiplicaron, mientras que el número allí siempre ascendió con suma lentitud. El clima cálido, el suelo pantanoso y el carácter de una gran parte de la población hacia bienvenidos en el Sur esos inmigrantes, casi del todo

inútiles é innecesarios en el Norte. En la Virginia y las Carolinas cultivaban principalmente tabaco y arroz, plantas que requerian poco cuidado en aquel suelo naturalmente fértil, con las que desde luego se acomodaba muy bien el trabajo mecánico y rutinero del negro esclavo. Donde apénas podia el blanco sostenerse luchando contra la humedad de la tierra y el ardor del sol, prosperaba el negro y vivia lleno de fuerza y de robustez. De ahí la diferencia; empero los grandes propietarios de las mencionadas colonias no manifestaban sentir por la institucion, en aquella época en que se la miraba como perfectamente legítima, el vivo afecto y entusiasmo que ostentaron más tarde cuando la opinion pública por todas partes la reprobaba. La Gran Bretaña fomentaba el tráfico, obtenia de él crecidas ganancias legalizándolo y reglamentándolo, y si llegaban los negros destinados en su mayor parte á las colonias del Sur, no debe olvidarse que se hacia principalmente ese comercio en buques matriculados y tripulados por hombres de Rhode Island y Massachusetts.

Mas la esclavitud—¿quien no lo sabe?—es un mal que lleva en sí mismo é infaliblemente su castigo. Miéntras el número de la poblacion, la instruccion pública, el órden general aumentaban dia por dia en las provincias septentrionales, las del mediodia se desarrollaban con marcada desventaja. El trabajo de

las manos, saludable y regenerador en las unas, era ocupacion servil y desacreditada en las otras. La Europa enviaba cada año una parte de sus habitantes, grupos de agricultores y hábiles operarios que eran el porvenir de la América, y que naturalmente no se dirigian á las regiones donde el trabajo impuesto era una maldicion, peor mil veces que la tiranía de la miseria de que huian, sino acudian á los lugares donde el esfuerzo personal les prometia, casi desde el momento mismo de su llegada, bienestar, independencia y libertad.

Catorce años despues de iniciada la colonizacion de la Virginia, en un día del mes de Noviembre del año 1620, desembarcaban en la costa desolada de Plymouth los ciento dos pasajeros que traia á su bordo la *Flor de Mayo*; eran peregrinos huyendo, por segunda vez en su vida, de la Inglaterra, su patria; que en la Holanda protestante no habian podido hallar el reposo que buscaban; y cruzaban el Océano buscando en las soledades del Nuevo Mundo una nueva patria, espacio para vivir y libertad de profesar las creencias de su religion. La casualidad designó el punto de su desembarque. Allí abordaron y allí se quedaron. Esas ciento dos personas, que en ese dia famoso hollaron el suelo de Plymouth, traian el segundo factor del gran problema histórico americano. Eran miembros de una corporacion religiosa, de una de las numerosas sectas

que se formaban entonces bajo la influencia del libre exámen enseñado un siglo ántes por Lutero, la secta Puritana, Independiente, ó Congregacionista, que con todos estos nombres los conoce aún hoy el mundo ; y venian tambien á fundar, sin saberlo y sin quererlo, la libertad religiosa en América. Este resultado, sin embargo, no surgiría hasta un remoto porvenir ; en aquel momento eran intolerantes, como lo han sido en su principio casi todas las corporaciones religiosas. Su influencia decisiva, preponderante al cabo, en la formación futura de los Estados Unidos, se ejerce desde el primer momento y en dirección mucho más eficaz. Al desembarcar redactaron y firmaron esos peregrinos un contrato solemne, breve y sustancioso, en que, invocando á Dios, creaban un interés supremo que llamaban el bien general de la colonia, y se comprometían á promulgar leyes con ese solo objeto, así como á acatarlas y obedecerlas : único ejemplo que ofrece la historia de una sociedad nacida de un contrato expreso cuyos términos se conocen y conservan, única ocasión quizás en que la práctica de la vida pública confirma la teoría famosa que popularizaron Rousseau y los revolucionarios franceses del siglo pasado. Lucharon heroicamente contra el áspero clima de aquella región, tan duro que la mitad de la colonia no sobrevivió al primer invierno ; pero decididos á quedarse allí, se pusieron pronto en relaciones con los indios,

su ejemplo atrajo pronto á otros de sus correligionarios, y de aquel primer núcleo nació la Nueva Inglaterra. La colonia no se organizó como la Virginia ; sus hombres no se establecieron en propiedades separadas, á modo de señores ó aristócratas, pues no eran sino gente sencilla y del pueblo ; formaron grupos, verdaderos municipios, para mantenerse siempre unidos y en aptitud de adorar á Dios en comun. Traían de Europa esos hábitos y esa costumbre, y venian sobre todo á seguirlos libremente. Su primer sistema de gobierno se componía de un jefe ó Gobernador, un cuerpo de Asistentes y una Asamblea general ; y en aquella sociedad de fanáticos fervientes era preciso desempeñar tan estricta y austeramente las funciones públicas, que pronto tuvieron que pasar una ley para castigar al que, una vez elegido, rehusase el cargo de Asistente ó Gobernador. Al principio la Asamblea era la reunión de todos los ciudadanos, método posible sólo en sociedades muy reducidas y poco complicadas, y que nos ofrece en esta colonia puritana un ejemplo de la « célula » primitiva, por decirlo así, que, de evolución en evolución, ha producido en todas partes los gobiernos parlamentarios de nuestros días. Cuando la colonia creció, fué necesario cambiar el modo de constituir la Asamblea, y pues tenían el ejemplo de la Cámara de los Comunes de la Gran Bretaña, introdujeron en 1639 algo parecido á ese sistema, y cada municipio

envió en lo adelante dos diputados á lo que llamaban la Corte General.

Al lado de Plymouth formóse otra colonia puritana, compuesta desde su origen por gente de más riqueza y educacion que los peregrinos de la *Flor de Mayo*, y que pronto adquirió mayor importancia y extension, por los hombres de elevada posicion social que á ella acudieron, huyendo de la tiranía del pérfido Carlos I. Este nuevo establecimiento se constituyó en corporacion bajo el nombre de « Compañía de la Bahía de Massachusetts en la Nueva Inglaterra, » y se desarrolló separadamente hasta 1691, en que se reunió con la colonia hermana de Plymouth, haciendo entre las dos el actual estado de Massachusetts, piedra angular de los Estados Unidos. La organizacion interna era idéntica; ámbas conservaron fuertemente impreso el carácter religioso, sectario con que habian nacido, en su gobierno y todos sus modos de vivir; confundian el elemento civil y el eclesiástico, y la intolerancia, inevitable en tales circunstancias, se traducia en leyes exclusivas, tiránicas, que venian á pugnar con el espíritu mismo de libre exámen á que debian el sér. Para gozar de los derechos de hombre libre y de ciudadano en ámbas colonias era preciso ser miembro de una iglesia, y todas las iglesias, independientes como se apellidaban y como en realidad lo eran, profesaban el mismo credo, seguian un mismo formulario é inspira-

ban unas mismas costumbres. Esta intolerancia produjo sin embargo un bien; sin ella tal vez no hubiera procedido tan rápidamente la colonizacion del territorio vecino, y Massachusetts no tendria el honor de ser la primera colonia americana que fué madre de otras colonias. Huyendo de la severidad excesiva de Boston y de Plymouth, partieron numerosos grupos y fundaron varios nuevos establecimientos que fueron luego los estados de Connecticut, Rhode Island y Nuevo Hampshire: en el último hubo pocos puritanos; los otros invitaban y recibian miembros disidentes; y todos contribuyeron mucho á suavizar el fuerte carácter de exclusivismo, que de otro modo hubiera sido un serio obstáculo al crecimiento de la Nueva Inglaterra.

Al mediar el siglo XVII existian ya fundados y seguramente encaminados hácia la prosperidad, los más de los futuros trece primeros estados de la República, y se clasificaban naturalmente, como hemos visto, en dos grandes grupos distintos por su origen, sus hábitos y su constitucion; hallábanse además separados uno de otro por una gran extension de terreno. Miéntras así permaneciesen, no era posible señalar ni imaginar las vías del porvenir grandioso que los aguardaba, y á pesar de la identidad de lengua y de raza, no hubieran logrado formar á la larga más que dos naciones diferentes cuando llegase el período de su

completo desarrollo, sobre todo si se tiene en cuenta que una nación extraña poseía, en el territorio que separaba ambas porciones, establecimientos importantes. Eran dueños los holandeses de una factoría en la boca misma del río Hudson, dominaban todo el curso de ese magnífico río, que no sólo ponía en fácil comunicación á los traficantes con el interior del país, estorbando ó reduciendo el comercio de pieles en que se fundaba la prosperidad de Plymouth, sino que presentaba en esa dirección una fuerte barrera contra el crecimiento de la Nueva Inglaterra. Contando con eso habían dado el nombre de Nueva Amsterdam al establecimiento que poseían en el lugar donde el magestuoso río confunde sus aguas con las del mar, en la hermosa bahía que ha de contener la gran ciudad de Nueva York. Los emigrados de Massachusetts que se fijaron al sur, en Rhode Island y Connecticut, fueron los que primero se hallaron en contacto con los holandeses; no tardaron en surgir querellas; y en aquellos días de límites mal definidos y encarnizada rivalidad marítima y comercial entre ingleses y holandeses, no era de esperarse que los Nuevos Países Bajos prosperasen por mucho tiempo en paz y en poder de sus fundadores. Parte de los habitantes de las colonias ayudó gustosa á la metrópoli cuando reventó la guerra, la cual, al cabo de variadas y oscuras peripecias y de haber sido ganada y perdida por las dos partes, vino á

cerrarse en 1694 por medio del tratado de Breda, que dejó definitivamente á Nueva York en poder de la Inglaterra.

La adquisición de Nueva York designa una época decisiva en la historia de las posesiones inglesas en la América; consumada ella, y constituida en provincia independiente, quedaba sólo esperar que el tiempo fuese poblando y aprovechando el vasto territorio. Lenta é insensiblemente se acumularán las fuerzas que pondrán al subdividido país en aptitud de unirse y combatir algún día contra la Metrópoli.

Los tres estados cuyos nombres aún no hemos mencionado y faltan para componer la cifra total á que llegaron en el siglo XVIII, forman el grupo especial de las colonias cuáqueras, punto de transición, en cierto modo, entre los opuestos caracteres que hemos descubierto y señalado en el Norte y en el Sur. Fueron fundadas ó pobladas por la nueva secta de los cuáqueros, que llegó allí expulsada de todas partes y principalmente de la Nueva Inglaterra, cuyos puritanos perseguidos de ántes eran ahora acerbos perseguidores, como tan á menudo nos dice la historia que ha sucedido en todo el mundo. La primera, Nueva Jersey, comprendida al principio en las posesiones holandesas, lo estuvo despues en el territorio cedido nominalmente, desde ántes de la guerra con los Países Bajos, por la corona inglesa al Duque de York, quien vendió

este pedazo á dos personas ; y por una de ellas, Lord Carteret, guerrero conocido en la Revolucion inglesa por su defensa de Jersey contra las tropas del Parlamento, se le dió el nombre que todavía conserva. Poblábanla entónces unos pocos holandeses y escandinavos, en seguida acudieron algunos puritanos disidentes arrojados de Massachusetts ; pero los cuáqueros colonizaron la mayor parte. Entre éstos aparece por primera vez el nombre de Guillermo Penn, una de las grandes figuras del protestantismo en América, que para abrazar la nueva fé predicada por un oscuro jornalero y cruelmente perseguida en ambos lados del Atlántico, renunció la parte que habia de corresponderle en la fortuna y consideracion de que gozaba su familia. Fué uno de los primeros propietarios que organizaron la colonia, estableciendo en ella la completa libertad religiosa que apenas podia decirse que existiera en ninguna otra, á no ser en Rhode Island ; y consignando más clara y terminantemente que en todas, los derechos políticos de sus pobladores. Deseando luego poblar una provincia enteramente de cuáqueros, compró él mismo un territorio, sobre el cual se elevó la colonia en su honor apellidada Pensilvania. Tres condados meridionales de ésta se separaron más tarde para formar la colonia de Delaware. Pensilvania se distinguió entre todas, desde su origen, por el orden y libertad que la rigieron ; y es el timbre incomparable

de su fama haber sido la única que vivió en paz y armonía constante con los indios, despues de ajustar con ellos un tratado á que jamás faltó ninguna de las partes.

Esto sucedia á fines del siglo XVII ; á principios del XVIII estaban ya fundadas, aunque en virtud de impulsos separados, como hemos dicho, las trece colonias británicas. Mucho ménos de un siglo después, la fuerza de las cosas y las combinaciones de la política las reunieron en una accion comun y eficaz, de la cual nació la República de los Estados Unidos de Norte América.